

# **textos y documentos**



# Argumentos científicos sobre la inferioridad intelectual de las mujeres. Debate en El Ateneo de A Coruña en 1859

Scientific arguments on the intellectual inferiority of women. Debate at El Ateneo of A Coruña in 1859

M.<sup>a</sup> Pilar Freire Esparís

Universidad de Santiago de Compostela.

Recibido el 20 de mayo de 2008.

Aceptado el 19 de junio de 2008.

BIBLID [1134-6396(2007)14:1; 187-195]

Conocidos Ilustrados gallegos habían alzado sus voces en el siglo XVIII en defensa de la capacidad intelectual de las mujeres y de su derecho a la educación. Así, a los textos más conocidos del padre Feijoo y de su no menos reconocido compañero de hábito Fray Martín Sarmiento, merece sumarse el opúsculo que Vicente do Seixo publica en Madrid en 1801 con el expresivo título de *Discurso filosófico y económico político sobre la capacidad o incapacidad natural de las mugeres para las ciencias y las artes; y si en razón de su constitución, o por defecto de su potencia intelectual, y organización física, deben o no tener otras ocupaciones que las de la rueca, calceta y aguja, como pretenden algunos hombres, o deberá dárseles otra educación que las que se las da actualmente, y cuál sea ésta*. Tras un título tan prolijo, Vicente do Seixo vincula el reconocimiento de la capacidad intelectual de las mujeres a la educación de los hijos. En una larga reflexión que vale la pena anotar en estas páginas introductorias insiste en que:

Baxo ningún aspecto ha sido, ni es el hombre mas injusto, que baxo aquel que dice relación con la hembra de su especie. No se puede pasar la vista por el sistema que han adoptado los hombres para con las mujeres, sin verter lagrimas de sentimiento y de horror.

Los hay tan insensatos, que las niegan el talento y aptitud para las ciencias y las artes, y para el manejo de todos y qualesquiera ramos de la felicidad social: los hay tan embriagados en la inagotable sensibilidad del amor, que quieren hacerlas unos dioses materiales, sin otro destino que el

de perpetuar y eternizar, digásmolo así, la sensualidad amorosa; tal vez fue Mahoma el xefe de estos partidarios: los hay, que queriendo tomar un término medio, han humillado la naturaleza preciosísima de la mujer, queriendo sujetarla únicamente *á la rueca, á la calceta, á la aguja, y al mecanismo interior doméstico*; y los hay, en fin, que pretenden negarlas hasta la capacidad espiritual.

Quál sea el género de educación mas propio para las mugeres, y cuáles sus límites en el estado social, son puntos de disputa, en que no están de acuerdo los políticos nin los filósofos, ni tampoco los héroes o campeones de las religiosidad.

Loch, Bufón, Joly, Buchan, Astruc, Filancheri, y otros modernos: Sócrates, Platón, Aristóteles, y demas antiguos: San Pablo, San Agustin, San Jerónimo, San Ambrosio, y casi todos los xefes de la doctrina ortodoxa, conocen y convienen en que la estructura y organización de la muger, es mas delicada, mas sutil, y mas sensible que la del hombre: que por el influxo que esta constitución tiene en la parte espiritual, y por el manejo exclusivo de las intrigas exteriores domésticas, es tan astuta como disimulada.

Yo supongo que hablo con hombres sensatos y filósofos, que me escusarán el penoso trabajo de recitar textos mal á propósito; y en consecuencia debo suponer no contextarán, ni pondrán en duda aquellos dos principios evidéntísimos.

Interin que en el hombre exista la vana presuncion de que es el xefe, y la sola cabeza de la familia, y que crea que reside en su mollera desorganizada toda la autoridad: interin que crea que la muger no debe entender sino en el mas íntimo mecanismo de la casa: interin que á esta no se la constituya directora de la parte mas tierna del genero humano, para desembarazar el entendimiento de los hijos, inspirándoles el gusto y amor á la virtud, tratando de hacerlos robustos, tiernos y animosos, y no se haga entender á los hombres que deben desnudarse de todo su soñado imperio; no volveremos al camino de la reputacion y de la gloria; ni la humanidad logrará dias mas felices [Mr. Joly: Educación física moral de las mugeres].

¿Quál será el hombre que niegue que las madres forman el corazon de los niños hasta los siete ú ocho años de edad? Y esto, ¿puede hacerse sin talento, sin capacidad, y sin una alma mas finamente templada que la del hombre?

A esta muger, á esta madre ¿quién podria dexas de admirarla y adorarla? ¡Qué dichosos serian sus hijos! ¡Qué dichoso el digno marido que poseyese so corazon! ¡Dichoso el Estado que llegase á tener un crecido número de madres tan virtuosas, que propagando la especie humana, la mejorasen é hiciesen la felicidad de sus familias! Pues siendo las delicias de la sociedad, enriquecerian la patria de ciudadanos robustos, virtuosos, y útiles para la defensa, conservación y prosperidad.

A pesar de este tímido arranque inicial protagonizado por hombres de la Ilustración, el siglo XIX, en una primera visión de conjunto, muestra

una imagen desoladora y sombría para las mujeres, que ven restringida su vida por un discurso de género sólidamente elaborado, el discurso de la “domesticidad”, que las relega al ámbito de la casa, refuerza la supremacía masculina y la división sexual del trabajo. Un discurso que adquirirá rasgos propios alrededor de los primeros años cuarenta y que ensalzaba el “hogar” como el nido donde la familia se aísla de las perversidades mundanas, según el modelo rousseauniano. A la *mujer*, en singular, le corresponde la “misión sublime” de ser el alma de la familia, el ángel del hogar; a ella le pertenece el ámbito afectivo y moral y la reproducción física y social de la familia. Al hombre, como cabeza de esa misma familia, le corresponde su representación en la sociedad.

Los textos que se presentan, dos de Ramón Pérez Costales y otros dos de Pelayo Catoira, recogen el debate suscitado en el Ateneo de A Coruña en agosto de 1859 sobre la capacidad intelectual de las mujeres a propósito de una intervención anterior (que aquí no se reproduce) de A. García Fuertes. Éste, en su discurso se mostraba continuador de la línea abierta por las anteriores figuras ilustradas a las que se hacía referencia, al defender el derecho de las mujeres a “ilustrar una inteligencia que calza los mismos puntos que la de los hombres”.

Pero si en el texto de A. García Fuertes se encuentra un eco de los ilustrados, en el de R. Pérez Costales se resumen los argumentos científicos y filosóficos de marcada influencia comtiana. Recordemos que el filósofo francés A. Comte, jugó un destacado papel a la hora de dotar de fundamentos filosóficos el discurso de la domesticidad aplicado a las mujeres. En su visión, la biología afirmaba ya de un modo terminante la “jerarquía de los sexos”, y cualquier modificación en el orden de la naturaleza era impensable: ésta le había otorgado el afecto a la mujer mientras que al hombre lo había dotado con el intelecto; de ahí el imperativo de limitar para el “segundo sexo”, al que también denomina “sexo afectivo”, su educación. Los ecos de este discurso resuenan con rotundidad, como señalaba, en la intervención del destacado pensador y político progresista R. Pérez Costales, militante en las filas del republicanismo federal gallego.

Por otra parte, los textos de Pelayo Catoira tienen el interés de sumar a los anteriores argumentos una carga teológica, en la medida en que la reivindicación para la educación de las mujeres significaría “torcer la línea de dirección que Dios trazó a ese bello Ser allá en el Gólgota y en el Edén”, pues la misión que les marcó el Creador a las mujeres “no es de ciencia sino de amor”. Lo que le permite concluir: “Sea, pues, la ciencia para el hombre, y el amor para la muger”.

“Discurso pronunciado por don Ramón Costales en sesión pública en el Ateneo de La Coruña, contestando al de don Antonio García Fuertes, inserto en nuestro primer número”. *El Ateneo. Periódico de intereses materiales, ciencia, artes y literatura*. A Coruña. (7 de agosto de 1859)

Señores: cumpliendo con el compromiso que contraje en la última sesión de examinar el grado de capacidad mental de la muger con objeto de ver la extensión que deba dárse á su educacion, me separaré de un modo notable, con disgusto mio, de la opinion del digno académico señor Fuertes, que en su bello discurso de la anterior sesión, intentó probarnos que la muger es injustamente tratada en nuestra sociedad, que reclama con derecho ilustrar una inteligencia que calza los mismos puntos que la del hombre, que debía por lo tanto instruirse en los misterios de la ciencia, y seria utilísimo dedicarla al estudio de muchas, principalmente de la higiene, fisiología, matemáticas, geografia, historia, etc.

Para probar el Sr. Fuertes su opinion le vi con gran contentamiento mio abordar la cuestion por el mejor camino, que es el de la fisiología, indudablemente el mas seguro para ventilar el asunto con acierto; le oí con placer esponer algunas ideas sobre la organizacion de la muger, ideas en las que tal vez hubiera debido seguir avanzando y hubiera deducido con seguridad consecuencias mas verdaderas y exactas que las que obtuvo al apoyarse en la historia, y al acudir á otro género de consideraciones, que en su buen deseo hácia el bello sexo le desviaron de la buena ruta por donde empezara á caminar. En efecto, señores, solo con examinar la organizacion que el autor de la naturaleza plugo dar á esta hermosa mitad del género humano, y deduciremos si la es necesario para el mejor cumplimiento de este objeto ese grado de ilustracion y cultura que el señor Fuertes quiere darla.

Sola la fisiología nos ha de decir si la organizacion de la muger es susceptible ó no de ese superior trabajo intelectual, de esa fuerte concentracion de espíritu que exige el cultivo de las ciencias. Asi comprendereis, señores, si ha podido el señor Fuertes con razon asegurarnos la identidad de los dos sexos. Entraré, pues, de lleno en el fondo de la cuestion, é intento probaros lo siguiente: “El cultivo y estudio de las ciencias no está en armonia ni con la organizacion de la muger, ni con el objeto final que naturaleza se propuso al crearla.”

[...] No voy, señores, á molestaros deteniéndoos y deteniéndome inútilmente en minuciosos detalles sobre lo que se diferencia anatómica y fisiológicamente el hombre y la muger. No tengo tampoco necesidad de ellos, porque son tan notables las diferencias de organizacion, de estructura, de funciones y atributos que presentan los dos sexos, que aunque os las presente á grandes trazos, no le ha de valer al señor Fuertes cuanto haya

dicho en contrario; para advertirlas no se necesita ser médico ni fisiólogo; basta ser filósofo, ser observador. Acompañadme y os convencereis de esta verdad.

[...] Entre los instintos desarrolláanse mas especialmente en ella, siguiendo la clasificacion que de ellos hace un autor moderno, el de la adhesion ó filantropia, el amor al otro sexo, y el amor á los hijos. Entre los sentimientos descuellan en la muger el deseo de agradar, la benevolencia, la fe, la veneracion, la esperanza y la hilaridad. Como habeis podido notar, los instintos é impulsos instintivos, que mas en la muger preponderan, todos parece que tienden y pueden referirse á uno solo que domina completamente la vida toda de la muger: hablo del amor. Esta pasion, en efecto la encontramos en ella en todas sus edades; la muger ama cuando niña las muñecas, cuando jóven los hombres, y mas tarde los santos; parece que la naturaleza fijó un cuidado especial en sujetar al tiránico influjo de este sentimiento todos los demas. Cumplia á sus fines hacerlo asi, y lo mismo que todo lo dispuso en su delicada organizacion uniendo lo útil á lo bello, capaz de inspirar este sentimiento, tambien saturó, por decirlo asi, á la preciosa compañera del hombre de este móvil poderoso por el cual cumple tambien con los sagrados cuanto pesados deberes de la maternidad. El buen cumplimiento de estos deberes ha sido el único objeto que naturaleza se propuso al crear á la muger; asi, pues, todo lo dispuso en ella convenientemente para este fin, organizacion é impulsos instintivos. Estos deberes entretienen la vida toda de la muger. Depositaria de la vida y conservacion de un ser delicado que precisa cuidados especialísimos, al que tiene que nutrir por mucho tiempo con su propia sustancia, la muger vive solo para él, se identifica con su esencia, y está dotada para eso de una delicada organizacion y esquisita sensibilidad. Las funciones penosísimas de madre se traducen por violentos cataclismos, sacudidas terribles y penosos deberes que no puede desatender sin prescindir de su propia naturaleza, cuidados que no debe olvidar para nada ni por nadie. La naturaleza concedió á la muger un fondo de ternura inagotable para sobrellevar hasta con inefable placer las frecuentes inconvenciones que el destino con su sexo la impuso.

“Discurso pronunciado por don Ramón Costales en sesión pública en el Ateneo de La Coruña, contestando al de don Antonio García Fuertes, inserto en nuestro primer número”. *El Ateneo. Periódico de intereses materiales, ciencia, artes y literatura*. A Coruña. (10 de agosto de 1859)

[...] La observación demuestra, señores, que el cerebro es el órgano del alma, que es el asiento de las facultades perceptivas y reflectivas, que ejerce pluralidad de funciones, y por lo tanto está compuesto de pluralidad de

órganos de cuyo conjunto resulta la unidad de acción de la cual son último resultado las libres operaciones de la inteligencia. Los modernos adelantos de la ciencia confirman esta verdad. Los experimentos fisiológicos y la luz que proporcionen las sesiones de ciertas partes del cerebro, han permitido ya algunos estudios de localización. Averiguemos, señores, si la disposición del cerebro difiere en la mujer del hombre, y hallaremos una bien marcada diferencia, primero en el volumen que es algo menor en esta, segundo en el desarrollo de sus diversas partes, pues en el hombre se ve mayor abultamiento de la parte anterior y superior del cerebro, al paso que en la mujer se ve el desarrollo en su parte posterior é inferior asiento de los órganos encargados de los diferentes actos correspondientes á las facultades afectivas. De esta disposición parten á no dudar esa sensibilidad esquisita de la mujer, esa prodigiosa expresión de sus sentimientos que da facilidad á sus discursos, ¿fecundidad? y claridad á su lenguaje, y esa penetración tan trascendental que abraza en un momento infinitos pormenores que se escapan al otro sexo.

La imaginación, pues, de la mujer es más pronta y más fecunda que la del hombre, sus facultades perceptivas son muy finas, no así las reflectivas, comparación y causalidad; fijanse en las cosas más por impresión que por reflexión, obran más por impulsos instintivos que por el raciocinio; si su imaginación es más viva, su constitución poco vigorosa para la profunda y sostenida atención que exigen las combinaciones muy complicadas y el desenlace de problemas encadenados.

[...] Lejos de mí la idea de deprimir á la mujer, por el contrario, porque me opongo á que se la deprima destruyendo esa delicada organización, porque la encuentro grande y sublime, depósito sagrado de la perpetuidad de la especie, destinada para consagrarse toda entera á los cuidados de la maternidad, la quiero apartar del cultivo de las ciencias para el que no está llamada, y con cuyo trabajo no podría su delicado organismo.

Las mismas razones que alejan á las mujeres de un trabajo violento y sostenido, las alejan también del estudio. La ciencia que los hombres adquieren casi siempre á espensas de su salud, no la indemnizaría de la pérdida de su temperamento y de sus encantos. Que abandonen á los hombres la vana gloria que buscan en esta adquisición peligrosa; la naturaleza ha hecho bastante por ellas; atentarian contra ella despreciando los dones preciosos que la deben. Un instinto saludable parece que las separa del estudio como de un precipicio que no por estar cubierto de flores es menos horrible, y dirigen su gusto hacia los objetos frívolos. Los hombres que quieren adular á las mujeres (sin decir que sea de ellos mi digno contrincante) dicen que nosotros las cerramos la puerta del templo de la ciencia para asegurarnos exclusivamente este género de superioridad. Lo que hay de cierto es que ellas se cuidan poco de las ciencias y hacen bien.



[...] Por lo demas, notadlo bien, las mugeres que se ocupan del cultivo de las ciencias, ó son seres en cuya organizacion se encuentra la razon de este modo de ser, ó que cumplen malisimamente con sus mas caras obligaciones. Flores marchitas, temperamentos degenerados y espuestas á los males de nervios, á las afecciones convulsivas y vaporosas, las encontrais á cada paso en la alta sociedad.

Concluyo, pues, diciendo que la muger fue formada para los cuidados de la maternidad y hacer la felicidad doméstica; que su capacidad y disposición al saber no puede en modo alguno compararse en general con la del hombre; que esas privilegiadas que de vez en cuando vemos descollar sobre las demas, ó se encuentra en su misma organización la causa de esta rareza, ó son cometas transitorios que atestiguan la divina omnipotencia: que la ciencia mas util para ella como esposa y como madre es cabalmente la que tiene por objeto el mejor arreglo y economia domésticas, la de agradar y hacerse estimar de su esposo, y la de dirigir con esmero los primeros pasos de los tiernos seres cuya educacion la está confiada: para esto la bastan los instintos, sentimientos y facultades de que está dotada, la educación que se la da, y no necesita ni pudiera soportar sin detrimento el cultivo de las ciencias que quiere del Sr. Fuertes. Por lo demas yo me holgaria de verlas en este sitio como el señor Fuertes desea, y compartir con ellas las peripecias de esta discusión aunque tuviera que confesarme vencido, siquiera no fuese mas que por galantería y porque lidiarian tales adversarios con armas prohibidas.—he dicho.

“Discurso pronunciado en la Sociedad del Ateneo por Don Pelayo Catoira, contestando al de don Antonio García Fuertes, inserto en nuestro primer número”. *El Ateneo. Periódico de intereses materiales, ciencia, artes y literatura*. A Coruña. (28 de agosto de 1859)

Señores:

Vengo tambien á impugnar, aunque brevemente, la proposicion que se halla sujeta á discusion, pues al oir al señor Fuertes la noche anterior ensalzar y sublimar tanto la importancia de la educacion intelectual de la muger, al oirle ponderar y magnificar las ventajas que el hombre y la sociedad reportarian de que ese bello segmento de la Creacion, esa flor delicada del Paraíso marchitase sus colores y perdiese sus aromas con los ingratos privilegios del estudio, y que doblase su nacarada frente bajo el peso abrumador de los tesoros de la ciencia, no pude resistir al deseo de venir á preguntar al mantenedor de la proposicion, ¿cree por ventura que es esa la mision que la muger vino á cumplir sobre la tierra? ¿cree que

fué ese el encargo providencial que recibió de su Criador? ¿está seguro el señor Fuertes que con esa proposicion no viene á perturbar el equilibrio de la naturaleza, no viene á torcer la línea de direccion que Dios trazó á ese bello Ser, allá en el Gólgota y en el Edém?

“Discurso pronunciado en la Sociedad del Ateneo por Don Pelayo Catoira, contestando al de don Antonio García Fuertes, inserto en nuestro primer número”. *El Ateneo. Periódico de intereses materiales, ciencia, artes y literatura*. A Coruña. (30 de agosto de 1859)

[...] Pues ahora observad una circunstancia muy notable: cuando el enviado del Eterno quiere enseñar al hombre las verdades ortodoxas de la ley de gracia, vemos que se dirige principalmente á convencer su entendimiento y á iluminar su razon con la fuerza perspícua de su divina dialéctica, queriendo, sin duda, que reconozca la divinidad de su religion á la luz del raciocinio y del convencimiento. Vedlo sino en el templo discutiendo y convenciendo á los Escribas y Doctores, que enmudecen absortos ante el vigor de su poderosa é irrefragable argumentacion. Por cuando se dirige á la muger, cuando quiere convertirla á su gracia, entonces no discute, no convence su entendimiento, no le pide raciocinio, lo que hace es pulsar la cuerda sonora de su esquisita sensibilidad, establecer entre ambos corazones una corriente magnética de amor que la obliga á correr desolada á la soledad de los claustros ó entregarse á los verdugos á conquistar la palma gloriosa de los mártires.

¿Qué significa, pues, esta analogia singular, este *similiter cadens* que se observa entre el Criador de la naturaleza y el Redentor del género humano, entre la escena del Paraíso y la tragedia del Calvario, entre Eva y la Magdalena? Significa, en mi concepto, que la muger no ha sido criada ni redimida para recibir una esmerada educación intelectual, sino para recibir una virtuosa educacion moral; que antes de cultivar esmeradamente su entendimiento, se debe cultivar cuidadosamente su corazon, que antes de hacerla pensar para que discurra, se la debe hacer sentir para que ame, porque su mision no es de ciencia sino de amor.

[...] No: el mundo del pensamiento no es el mundo de la muger; esas regiones están rodeadas de una atmósfera de fuego que puede calcinar el cáliz del sentimiento que, cual humilde violeta, no florece en las elevadas cumbres de la ciencia, sino en el modesto vergel de la virtud, en el corazon. No pretendamos, pues, trastornar la naturaleza en sus relaciones inmutables, porque ella tiene que seguir, á despecho nuestro, el concertado movimiento de rotacion que le imprimió el dedo augusto de Dios, desde el primer día

de la Creacion; por eso desprecia soberanamente los vanos ladridos del hombre, como despreció un día al soberbio Persa que arrojó sus cadenas al Occéano para sujetar sus olas embravecidas. Sea, pues, la ciencia para el hombre, y el amor para la muger.—He dicho.

